Me atrajo mucho la relación entres tres formas de hacer de la novela: 1) la profanación de una sociabilidad heteronormativa compulsiva para proveer un mito fundacional alternativo para las instituciones de la nación y la familia; 2) la profanación paralela de la forma de la novela en prosa que nos permite discernir la dependencia del texto en el acto lírico para una coherencia narrativa 3) el hecho que ninguno de estos dos “haceres” serían posibles sin la articulación inicial de la negritud como una exclusión constituyente, “La Negra” como una figura de trabajo reproductivo “fallida” que se le exilia de cualquier sociabilidad verídica o utópica de la novela.

La profanación de una sociabilidad heteronormativa compulsiva se ve claramente mediante la decisión de la novela de re-imaginar la épica argentina de Martín Fierro a partir de la perspectiva de la China Iron. Esta relación intertextual de la novela con esta épica nacional argentina nos permite discernir el proyecto del texto: una reimaginación de lo que puede consistir una identidad nacional, en este caso argentina pero no creo que el texto esté limitado solamente a este espacio nacional. En el momento en la narrativa donde Martín Fierro nos da su poema en el que descubrimos su relación con Cruz, la novela utiliza su propia profanación cuir del imaginario masculino de la nación para articular un entendimiento diferente de la familia: “allá entre los indios se me agrando la familia con mis propios hijos, Juan y Martín, con Kauka y sus hijas, Nahuela y Kauka, que también son hijas mías hoy, y con los menos pensados, Fierro y Oscar. Las familias nuestras son grandes, se arman no solo de sangre. Y esta es la mia” (165). Esta profanación de la familia y la nación es el resultado del viaje que emprendió la China con Liz, un viaje en donde China se nombra a sí misma (con Liz como catalizador), en el cual descubre una nueva forma de sentir su cuerpo. Es este acto cuir que le permite a la novela profanar la sociabilidad heteronormativa compulsiva. Esta profanación se figura constantemente como momentos líricos que interrumpen la forma más tradicional de la prosa: “y entonces cuando abrace a Kaukalitran me hundi todavía más en el bosque que había resultado ser Tierra Adentro. En el verano me hundi. En las moras que colgaban de los árboles rojas y llenas de si. En los hongos que crecian a la sombra de los arboles. En cada arbol me hundia. Y supe de la volubilidad de mi corazon, de la cantidad de apetitos que podia tener mi cuerpo: quise ser la mora y la boca que mordia la mora” (151). La repetición de la fórmula “en el X” crea un momento lírico que avance la narración mediante una elaboración del estado emocional interno de China. Ella nos narra el momento en el que descubre que su pasión por Liz puede coexistir con muchas otras pasiones simultáneamente: Liz no la ayudó a descubrir que ella es lesbiana, sino que le ha abierto la puerta a la incertidumbre de su propio cuerpo, de la “cantidad que apetitos que podia tener,” de su conexión como cuerpo con “hambre” con los hongos, los árboles y las moras. Ella ha descubierto una sociabilidad con otros y consigo misma que no depende de una certeza sobre si se es “mora” o “boca,” sino en una incertidumbre que se resuelve temporalmente con una decisión que solo es válida en ese momento. La sociabilidad se convierte en una incertidumbre que se maneja iterativamente, no está interesada en ser “settler” en el paisaje ni el cuerpo, sino que acepta amorfosidad como algo determinable solamente mediante repetición: “Sabemos irnos como si nos tragara la nada: imaginense un pueblo que se esfuma, un pueblo del que pueden ver los colores y las casas y los perros y los vestidos y las vacas y los caballos y se va desvaneciendo como un fantasma: pierden definicion sus contornos, brillo sus colores, se funde todo con la nube blanca. Asi viajamos” (185). Es importante notar que este “viajamos” ha sido articulado como un final que solo se puede articular de esta forma mediante el “mise-en-scène” inaugural de la novela: la China como niña huérfana criada con maltrato por una “negra enviudada.” La narración de la Negra viuda como una trabajadora reproductiva fallida (“fallida” porque maltrataba a China en vez de criarla como lo hacen “madres verídicas”) figura a la negritud como una exclusión constituyente que no solo factora en la subjetivación de la China a través de la novela, sino que es esos mismo actos de trauma ya han convertido a la China en una “negra:” “Fui su negra: la negra de una Negra media infancia” (13). Al iniciar la novela como una “negra” en el pasado (“fui), el acto de nombrarse con Liz (de la china a China Iron) se convierte en un momento en el que acceso a una sociabilidad alternativa solo es posible mediante el acto subjetivador inicial de la negritud y la gradual distancia que se crea entre la negritud y el “Sujeto.” Al final, China Iron articula un sentido alternativo de familia que le permite adoptar su nueva experiencia de su cuerpo, pero lo hace mediante una subjetivización que se distancia de su experiencia como “negra,” sugiriendo que la negritud permite todos estos actos de profanación, siempre y cuando la Negra no sea parte de esta misma sociabilidad. La Negra sólo puede articularse como un sueño, un apéndice del Sujeto pero no como sujeto Propio.